

Una verdad, aunque nadie la acepte, aunque nadie la reconozca por tal, no pierde un ápice de su brillo ni de su eficacia intrínseca y por otra parte, una verdad no salva, no hace el bien que cabría esperar de la misma mientras no se le acepta en toda su integridad, en toda su totalidad. Hay verdades que aceptamos por el lado que nos agrada, pero ello no basta para poder poner remedio a los males que padecemos. Hoy nos agradaría que los capitalistas tuvieran en cuenta la verdad cristiana acerca de la función social del dinero, que cayeran en la cuenta de que todo aquel dinero excedente de la satisfacción de sus necesidades tienen que administrarlo más que en concepto de propietarios como gerentes del bien común. Pero no basta eso, no basta que ellos lo administren con ese concepto y según las exigencias del bien común, es necesario también que aquellos a cuyas manos llegan esas riquezas, ese dinero lo inviertan con un sentido de justicia y equidad, con un sentido de humanidad de forma que guarden en su inversión una jerarquía de necesidades anteponiendo siempre el bien de la familia, el bien del hogar al goce o satisfacción individual.

Hace poco aparecía en un revista mejicana un artículo en el que se hablaba contra esa locura colectiva de diversión, esa furia desmesurada de espectáculos que había contagiado a toda la población. Decía que solamente en la capital de Méjico durante un solo trimestre se habían invertido, se habían gastado en espectáculos y diversiones siete millones de pesas... cantidad superior a lo que el Estado emplea en su presupuesto público para atender a la enseñanza en todos sus grados, elemental, media y universitaria. Recientemente hemos podido ver las estadísticas de lo que se gasta en España al año en espectáculos y diversiones. Se gastan más de mil millones de pesetas. Y en este mil millones de pesetas no se incluyen los gastos de consumiciones de bares, tabernas y otros centros por el estilo... Pero no necesitamos ir tan lejos observemos lo que representan en los gastos de cada familia hoy el capítulo de los gastos de lujo, viajes, diversiones y llegaremos a la conclusión de que parte de los males que padecemos son inculpables a nuestra propia falta de sentido práctico... Levantamos la voz al cielo al observar muchos defectos y muchas necesidades sociales y no estaría de más que cada uno miráramos dentro de nosotros mismos para establecer un poco de orden en nuestra vida. Hablo para todos y dejo para otro día otra ocasión interesantes estadísticas que tengo entre manos.

Junto a este derroche de dinero en diversiones, junto a este gasto que se hace sin su correspondiente beneficio social, pues si es verdad que con ese dinero viven muchos artistas, no es menos verdad que sería mejor que esas mil millones de pesetas que es cantidad superior a lo que cuesta al Estado el sostenimiento de miles de Escuelas, Institutos, Universidades y todos los dispensarios y hospitales, pues el sostenimiento de todo esto no representa en el presupuesto mil millones de pesetas hasta ahora, estarían mucho mejor invertido en cosas productivas o de beneficio social como son las comunicaciones, barcos, centros benéficos, etc..

En frente de este derroche nos encontramos con una huelga de capitales. Hace poco se publicaban estadísticas de las cuentas corrientes de los bancos y en España a a reventar incipientes en cuentas corrientes nada menos de 30 mil millones de pesetas... Este es un dato muy significativo. Eso quiere decir que están sustraídas a las fuentes de trabajo y de producción para estar al servicio de la especulación o simplemente de los caprichos individuales o colectivos todas esas pesetas que transformadas en empresas o cosas útiles al bien social podrían constituir una fuente de bienestar y podrían contribuir a elevar el nivel de vida, porque contribuirían a elevar la renta nacional.

Son interesantes estas estadísticas por que ellas nos revelan las proporciones de los males que padecemos. El gasto de diversiones nos reve-

la que proporciones ha adquirido el ansia de goce individual y la huelga de capitales es un exponente de la despreocupación que existe en las clases pudientes y directoras actuales de España por lo que se llama el bien común el bien público....